

Discurso pronunciado por el Dr. Pedro Rodríguez Mira,

EN LA SESION SOLEMNE DEL 12 DE OCTUBRE
DE 1950

Señor Presidente de la Academia Antioqueña de Historia,
Señores Académicos,
Señoras,
Señores:

Debo principiar por hacer pública la expresión de mis más rendidos y sinceros agradecimientos al señor Presidente y a todos y cada uno de los Miembros de la Academia, por la manera benévola y gentilísima como el primero se ha referido a mi modesta persona, con motivo de mi ingreso, en calidad de Miembro de número, en esta docta Corporación, y la forma obligante como los últimos han acogido mi nombre, sin resistencias, para figurar desde hoy, al lado suyo, en la nómina de los académicos de la respetable institución.

Es abrumadora la distinción que se me dispensa y que singularmente acrecienta mi escaso patrimonio moral. Cuando el galardón es superior a los merecimientos, cumple, a quien lo recibe, hacer promesa formal, como la hago, de aportar una magnífica voluntad de trabajo, un firme y decidido propósito de procurar que al menos por negligencia o por otras causas, no venga a menos el prestigio mere-

cido de que la Academia goza entre sus similares y entre todos los centros cultos del país y de fuera de la República. Quiera la Providencia que sea siempre digno de vuestra honrosa compañía.

Solemnemente conmemora la Academia Antioqueña de Historia en este día, tal como viene haciéndolo de años atrás, el descubrimiento de América, acontecimiento que nunca dejará de ser de actualidad, a pesar de haber acaecido hace ya más de cuatro y me dio siglos. Es y será siempre digno de la rememoración entre los pueblos del Nuevo Mundo, no solamente por tratarse de algo trascendental, de uno de los sucesos de mayor trascendencia que pueda registrar y que registra la Historia, sino también por el hondo significado que por otros aspectos ofrece a la consideración y al estudio del desarrollo y evolución de la cultura en América. El solo hecho del arribo de Colón y de sus compañeros a tierras americanas, cambió sustancialmente el concepto geográfico, científico, económico, religioso, político y social del mundo, y ofreció a la riqueza y a la cultura universales, anchurosos, vastísimos campos, apenas soñados y presentidos por algunos filósofos, por cosmógrafos, y en todo caso por muy pocas, aunque esclarecidas unidades de la inteligencia y del saber humanos.

Pero el hecho que considero de más profundo significado, cumplido en la fecha del descubrimiento, es el de que, en tal día se asocian o se enlazan, en el espacio y en el tiempo, dos civilizaciones: la americana propiamente dicha, de la época precolombina y que se remonta tal vez a milenios de años atrás, como la de los Mayas, en decadencia y agonizante a la llegada de los españoles, y la cultura de los pueblos del Viejo Mundo; destruída y aniquilada la primera por la acción violenta de los conquistadores, extendida, dilatada la otra por toda la América. El 12 de Octubre de 1492 enlaza esas dos civilizaciones, porque esa fecha es apenas el vértice de dos inmensas trayectorias en la Historia de este Nuevo Mundo; una que se hunde definitivamente

historiadores y la de poner siempre de relieve los grandes acontecimientos que han determinado la suerte y el carácter de una larga serie de generaciones, tomando por guía la razón y sus cálculos positivos, sin aplicar la historia solamente a contar los sucesos y describir sus actores, a hacer la pintura y la resurrección del pasado, sino a separar, en el caos de los hechos accidentales, los que son dominantes, para establecer sus relaciones, causas, consecuencias y encadenamiento lógico, a fin de descubrir las leyes que presidieron su sucesión las ideas generales que de los hechos se desprendan, y la enseñanza y el provecho que pueda sacarse de los mismos.

El cambio o la evolución a que he hecho referencia, consiste esencialmente en el plausible afán de los historiadores modernos, de escrutar, a la luz de la filosofía y a la luz de la sociología que estudia y registra los fenómenos sociales, las causas profundas, las raíces de los hechos determinantes de este o de aquel acontecimiento; de indagar y de valorar, con imparcialidad y con serenidad absolutas, dentro de un ambiente de crítica razonada y severa, las condiciones morales y de carácter de quienes fueron actores principales de tales acontecimientos, dignos de figurar en la historia, y presentarlos, libres de toda sombra, a la admiración de las generaciones, o por el contrario, a la reprobación y al desprecio de las mismas, si es eso lo que merecen.

En tal sentido, y acorde con una interpretación más humana de los fenómenos de la historia, con tan loable y conveniente orientación y cambio de rumbos, actúan hoy las Academias de Historia de este país, y en general, todos cuantos se dedican a esta clase de investigaciones. Orientación y cambio de rumbos y de sistemas que van relegando la vieja escuela de las simples y descarnadas narraciones, apasionadas muchas veces, sin alma y sin grandeza, y la van sustituyendo por el análisis crítico, imparcial, sereno y generoso. Y es así como los grandes personajes que tuvieron intervención en determinados hechos históricos, pueden aparecer y aparecen limpios, depurados y en la pleni-

REPERTORIO HISTORICO

tud de su gloria y su grandeza, propicios a la admiración y al respeto de las generaciones.

La Academia Antioqueña de Historia, fundada en un día del mes de diciembre de 1903, por un reducido pero selectísimo grupo de ciudadanos de la más clara estirpe intelectual, de elevado espíritu y noble patriotismo, virtudes y condiciones que se han prolongado a través de los claros varones que en ella han actuado posteriormente, ha laborado durante largos años con interés jamás desmentido, con ardiente celo y con afán que nunca ha conocido ni el desfallecimiento ni el cansancio, y ha propugnado por la divulgación y por la depuración de nuestra historia, separando lo verdadero de lo falso y de lo fabuloso, y por la exaltación de todos los grandes valores de la Patria. Y no podía ser de otro modo, si se tiene en cuenta que a esta Academia han pertenecido siempre, desde su fundación hasta nuestros días, los más destacados exponentes de la ciencia y de la cultura: jurisconsultos distinguidos, sabios médicos y naturalistas, notables ingenieros, eximios humanistas y hombres de letras, ilustrados y pacientes investigadores de la historia, insignes miembros del Clero nacional. Y todos han aportado a la difusión y al conocimiento de nuestra historia, el valioso contingente de sus luces, su probidad mental, su patriotismo, todo lo mejor de su inteligencia y de su espíritu.

Entre los miembros del Clero nacional que así han contribuido a la inmensa labor de difundir el conocimiento de los hechos y de los hombres de que se enorgullece la República, es el momento de mencionar al R. P. Carlos Salcedo, ilustre Sacerdote, ya fallecido, perteneciente a la Compañía de Jesús.

III

En acatamiento a disposiciones estatutarias de la Academia, y en general, a la costumbre establecida en esta clase de Corporaciones, es deber de quien entra a formar parte de ellas, hacer el elogio o panegírico del académico des-

aparecido. Pero hacer el debido elogio del virtuoso e ilustrado Jesuíta a quien entro a reemplazar, es tarea por demás superior a mis fuerzas intelectuales, y ya que no es posible hacer su biografía completa, he de resignarme a señalar algunos de los aspectos o rasgos más salientes de la eximia personalidad del R. P. Salcedo, en la seguridad de que vosotros sabréis disimular la deficiencia.

El P. Salcedo fue uno de los sacerdotes más conocidos y populares en esta ciudad de Medellín, en donde residiera por muchos años, ciudad que él amó con aquilatado cariño y a la cual consagró los mejores y más fructíferos esfuerzos en busca de su progreso material y moral. También aquí se le quiso entrañablemente y siempre gozó del aprecio y del respeto de los medellinenses.

NACIMIENTO Y ESTUDIOS

Nació el R. P. Salcedo en Pasto, la ciudad legendaria que tantas páginas gloriosas tiene en los anales de nuestra historia nacional. Procedente de una distinguida, honorable y piadosa familia, recibió desde su niñez, con el ejemplo de la virtud y con el de la oración, en el propio seno del hogar, las primeras lecciones de piedad, que habrían de conducirle a la carrera sacerdotal, y llevarlo a ser lo que fue más tarde: un ejemplar Ministro de Jesucristo.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio católico de su ciudad natal, fundado por el R. P. Jurado. Preósito de la Congregación de San Felipe Neri, y fue en ese establecimiento educativo en donde quedó definida su vocación al sacerdocio y su decisión de ingresar en la Compañía de Jesús, porque de allí pasó el joven estudiante al Noviciado de la Concepción, establecido por los Jesuítas en Pifo, en las cercanías de la ciudad de Quito. En el referido Colegio Máximo de la Concepción, el novicio permaneció durante ocho años — de 1885 a 1893 — y al coronar con todo éxito y en forma brillante sus estudios en ciencias sagradas y profanas, recibió las órdenes menores de manos del Nuncio de Su Santidad en Quito, Monseñor Machi. Algunos años des-

REPERTORIO HISTORICO

pués, obtuvo la ordenación sacerdotal en el Colegio Máximo de Oña, en España, a donde fue a estudiar Teología. Recibió las sagradas órdenes de manos del Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, más tarde Cardenal. Luégo la tercera y última consagración, en Manresa. De España regresó a Colombia a ejercer su sagrado ministerio, y en el año de 1904 o a principios de 1905, vino a Medellín, en donde con algunas interrupciones, residió por el resto de su meritoria vida.

EL SACERDOTE

Augusta, delicada y noble misión la del Sacerdote, señalada por el propio Jesucristo, desde el día en que se la recomendara a sus Discípulos, así:

“Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra”.

“Por tanto, id y enseñad a las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

“Enseñadles que guarden todas las cosas que os he mandado, y he aquí, que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Augusta y delicada misión la del Sacerdote: predicar y enseñar la verdad a las gentes, dirigir las por los caminos del bien, edificar con el ejemplo, velar incesantemente por la salud eterna de las almas, perdonar en nombre de quien todo lo ha perdonado y todo lo perdona.

Pero aparte del cumplimiento de este divino mandato, cuántas cosas y de qué extraordinaria magnitud tiene a su cargo quien dedica su vida al servicio de la Iglesia. Sin descontar las amarguras, las tribulaciones, los sufrimientos, las privaciones, el sacrificio constante y aun el martirio, que son gajes naturales y posibles en el ejercicio de tan alto ministerio. Porque quien se consagra al sacerdocio, hace, desde luego, una aceptación del dolor, inseparable de toda vocación cristiana, que palpita, que vive en ella. “Una vida consagrada al espíritu, como la del Sacerdote o la del Religioso — escribe un eminente hombre de ciencia — se apro-

pia el concepto sobrenatural del padecer, y el Santo se remonta a planos infinitamente superiores. El dolor le sirve para su ascensión espiritual, y de ahí el abrazarse al sufrimiento, abrazo a veces lleno de alegría, y el deseo de padecer, cada vez más, aunque proteste la carne, para fortalecer y para purificar el espíritu. Y se puede llegar hasta la mortificación voluntaria, como el santo de Asís, que se agitaba entre los zarzales para torturar su cuerpo, y esparcía ceniza sobre sus alimentos, "porque la ceniza es casta".

Mas este dolor, este padecer, estos sufrimientos, todas las amarguras que ofrece la vida, los ve altamente compensados el Sacerdote de Cristo, con el triunfo y la exaltación de la fe, con el fruto de la semilla regada en los campos espirituales, y eso constituye su más íntima satisfacción, el más elevado y mejor galardón para su obra.

"El poder de la virtud — decía Pascal — no debe medirse por el esfuerzo del hombre, sino por lo que ordinariamente logra". El resultado del magno esfuerzo realizado por el P. Salcedo en el ejercicio de su sagrado ministerio, podrá apreciarse al considerar, o mejor al juzgar al Misionero apostólico, al Predicador, al Profesor y al Maestro. En los huertos de la religión y de la fe, fue abundante la cosecha del sembrador, y en los jardines espirituales, frescos y lozanos están aún los rosales que él cultivara con amor, con entusiasmo y con cariño.

LA OBRA DE LAS MISIONES, EL PROFESORADO Y OTRAS

El P. Salcedo, en misión religiosa, visitó la mayor parte de las poblaciones de Antioquia y fue, por consiguiente, un eficaz colaborador de los Párrocos del Departamento, en ocasiones solemnes o con motivo de festividades especiales, ora presidiendo o dirigiendo ejercicios espirituales, ora con sus pláticas y sermones, o bien con su ayuda en funciones y menesteres relacionados con el culto. Los pueblos de La Ceja, Marinilla, Rionegro, Sonsón, Caldas, Santa Bár-

REPERTORIO HISTORICO

bara, Abejorral, Urrao, Yarumal y muchísimos más, tuvieron la feliz oportunidad de escuchar la palabra del elocuente orador sagrado; recibir sus sabios y sanos consejos, sus enseñanzas de moral y sus exhortaciones a la piedad, a la religiosidad, a las buenas costumbres, etc.

“Aun cuando he enseñado en los Colegios — dice el propio P. Salcedo — diversas asignaturas durante veinticinco años, sin embargo mi ocupación principal ha sido predicar, pues he platicado más de diez mil veces a los auditorios más variados”.

Fue Profesor, en verdad, en Bogotá, Bucaramanga y Medellín. En Bogotá en el Colegio de San Bartolomé y en la Universidad Javeriana; en Medellín, en el Colegio de San Ignacio. Dictó por muchos años lecciones de Filosofía, de Física, de Química y de Apologética, y si de la calidad del maestro puede ser testimonio irrecusable la calidad de los discípulos, basta saber que entre éstos figuran notables Sacerdotes y eminentes jerarcas de la Iglesia colombiana, como Monseñor Ocampo, Obispo del Socorro y San Gil, y Monseñor Martínez, Obispo de Garzón, y muchos otros ilustres personajes que han ocupado los más encumbrados puestos en la vida civil de la Nación.

Entre otras actividades del R. P. Salcedo, podemos señalar éstas: fue Director, durante diez y siete o más años, de la Congregación de Hijas de María — Primera Sección — cuyo número de socias él pudo elevar a cifra realmente respetable. Fue Director, por espacio de treinta años, del Apostolado de la Oración y de la Sección Caritativa, con la satisfacción — lo dice él mismo — de no haber omitido jamás algo que pudiera convenir al servicio del Sagrado Corazón de Jesús.

EL ESCRITOR

Para sostener los principios de la fe y de las buenas costumbres, y para avivar la propaganda a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fue fundado en esta ciudad el

semanario *La Familia Cristiana*, en el mes de febrero de 1906, bajo la dirección del Sr. J. Baltasar Melguizo.

Pero el verdadero animador y director del semanario aludido, fue, por largos años, el R. P. Salcedo, quien colaboró en él permanentemente, y tuvo a su cargo, fuera de lo relativo a las finanzas, muchas veces hasta la redacción de las notas sociales y el comentario de sucesos del momento, hasta que el semanario cesó en su publicación, después de una labor y una lucha de veintisiete años.

El Padre Salcedo escribió para *La Familia Cristiana* centenares de artículos de diversa índole: de filosofía, de moral, de literatura, de historia, etc. Ningún tema escapaba a su ilustración y extensa cultura general. Escribió sobre asuntos de actualidad transitoria, y escribió acerca de otros que en todo momento son de actualidad. Ni la poesía fue extraña a su mente privilegiada, porque publicó también sentidas composiciones en verso, hermosas y delicadas, que revelan un alma sensible y una verdadera inspiración de poeta.

Voy a permitirme leer un pequeño fragmento de alguno de sus artículos, publicado en dicho semanario, y que tiene apreciaciones filosóficas y profundas acerca del dolor y del sufrimiento:

“Aprendamos a sufrir. La ley del dolor alcanza a los individuos y a las colectividades, y éstas y aquéllos han de ver que en las manos de Dios están todos los destinos de los mortales; que El abate y ensalza; edifica los palacios y los reduce a pavezas; que de El procede el soplo de la felicidad y el aquilón de la desgracia; que El brinda el vino de la alegría y la hiel de la aflicción. De todas maneras, si hubiéramos de padecer, que padezcamos con la pureza del alma, con amor en el corazón, con entera sumisión a los designios de la Providencia, y con energía indomable, teniendo en cuenta que son muy cortas las horas del dolor y que ha de ser infinito el premio que nos conquista”.

REPERTORIO HISTORICO

LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS. LA GRANDIOSA PROCESION

Desde su niñez, el Padre Salcedo fue un fervoroso devoto del Sagrado Corazón de Jesús. En páginas íntimas, escritas con sinceridad y con sencillez admirables, refiere cómo esa devoción, que llegó a ser fuego abrasador en su corazón, surgió en él desde cuando, al lado de su santa madre, escuchaba de labios de ésta, al pie de los altares, la humilde y ardiente plegaria a Jesucristo: "Corazón de mi amable Salvador; haz que arda y siempre crezca en mí tu amor"; se aquilató y se hizo más intensa con el correr de los años, mediante las constantes prácticas piadosas y con la lectura de la vida de Santa Margarita María de Alacoque, y con la de otros autores, adquiriendo cada vez mayores luces y acrecentando día por día su amor al Sagrado Corazón.

Con no menor elocuencia que el Abate Deplace en su memorable sermón acerca de la soberanía de Cristo sobre las almas, cuando con espléndida visión del grandioso espectáculo del final de los tiempos, contempla al Hijo de Dios que se manifiesta en toda su gloria y esplendor y dispone como Soberano de los destinos de la raza humana; con no menor elocuencia que el Abate Combalot, célebre orador sagrado y Misionero Apostólico, cuando habla de Jesucristo como centro de todos los pensamientos realizables del artífice eterno, como centro de todos los pensamientos divinos, el R. P. Salcedo decía en alguno de sus sermones:

"Millares de hogares que tenéis entronizado el Sagrado Corazón; templos del orbe que celebráis los primeros viernes y hacéis la Hora Santa; ciudades que ostentáis en sitios eminentes los monumentos más grandiosos al Corazón, víctima de amor; predicadores y escritores que en frases inspiradas ensalzáis las maravillas del Amante y del Amado; poetas que le cantáis; artistas que le dedicáis vuestras creaciones más sublimes; reyes que le rendís vasallaje, yo os saludo: Vosotros me anunciáis el reinado del Sagrado Corazón de mi Dios y de mi Señor".

En ocasión, igualmente solemne, se expresaba así:

“Ya se acerca el mes de Junio, mes en que Cristo rompe las cataratas de ese cielo de su corazón, para enviar una infinidad de gracias sobre todos los corazones que se abran para recibir las. Ya se acerca el mes de Junio, mes dichoso en el cual Medellín hace al Amor de los Amores el más solemne homenaje, el día de su procesión magnífica. En ese día descenderán del Cielo raudales de bendiciones del Altísimo sobre toda la ciudad. Y cuando miren el rostro amable del Divino Redentor, exclamen las turbas: Aquí está el mar de bondad; aquí está el Corazón que tanto ha amado a los hombres. Feliz quien navega en el mar de la devoción al Corazón Divino, mientras viva en la tierra, porque algún día entrará, a velas desplegadas, en el puerto de la gloria”.

El Padre Lacordaire, uno de los más notables oradores sagrados del siglo XIX, decía: “El Corazón de Jesucristo es el corazón de donde sale la llama de amor para abrasar el nuestro”. “Cuando se está a los pies de Jesucristo se está muy cerca de su corazón”. El R. P. Salcedo, iluminado y abrasado por esa inmensa llama de amor, quería algo más, mucho más: que todos estuviesen, no a los pies, sino dentro del propio corazón del Amado, porque quien es en sí la suma perfección de todas las perfecciones divinas y humanas y el amor por excelencia, tiene siempre abierto su corazón anchuroso, infinito, como seguro refugio de toda la humanidad.

Si no su fundador, el Padre Salcedo fue el organizador de la Gran Procesión, magnífico y edificante espectáculo del último domingo del mes de Junio de cada año, en el cual la ciudad de Medellín y los pueblos vecinos rinden un emocionante y cálido homenaje de amor al Sagrado Corazón de Jesús. El Padre Salcedo dedicó a esa festividad todas sus energías físicas y morales para lograr que cada vez fuese celebrada con mayor pompa y con mayor esplendor. El

REPERTORIO HISTORICO

éxito coronó sus aspiraciones y colmó plenamente sus grandes anhelos. Pudo alcanzar la satisfacción de que al cumplirse el primer cincuentenario de la grandiosa procesión, Medellín se viese honrado con la presencia de Monseñor Serena, Nuncio de Su Santidad en Colombia, quien "al contemplar el maravilloso desfile, la piedad de la gente y la belleza incomparable del panorama, repetía: "Esta es la verdadera Acción Católica", y cuando impartió la bendición con el Santísimo a esa inmensa muchedumbre que prostrada de rodillas adoraba a Jesucristo, en medio de los conciertos de la música y el estrépito de las trompetas marciales, no podía contener las lágrimas que brotaban caudalosas de sus ojos".

EL ACADEMICO

En el ramo que propiamente tiene relación con la historia, el R. P. Salcedo escribió, aparte de algunas semblanzas de distinguidos Sacerdotes, algunos de ellos sus condiscípulos y contemporáneos, y aparte de otros artículos de índole histórica, una completa biografía del R. P. Luis Javier Muñoz y Capurón, S. J., Obispo de Guatemala, quien por varios años residió en esta ciudad de Medellín, en donde aún se conserva el recuerdo de sus magníficos, de sus admirables sermones, dignos, por su elocuencia, de figurar con honor al lado de los de Ventura, Hernández, Amado, Ravignán, Lacordaire y otros famosos predicadores sagrados, de otras épocas.

Como justo galardón a este notable trabajo histórico y biográfico, el Padre Salcedo obtuvo un sillón en esta Academia, habiendo sido aceptado como Miembro correspondiente en el mes de marzo de 1944, y recibido luego, en calidad de Miembro de número, en sesión del mes de noviembre de 1945.

Aunque por tiempo relativamente corto, aquí, a vuestro lado, señores Académicos, el ilustre Sacerdote laboró con entusiasmo en pro de la Historia; aquí ocupó, con toda dignidad y con todo decoro, el puesto que le señalásteis en

premio a su sabiduría, a su virtud y a su esfuerzo constante por el fomento y por la difusión de la Historia, hasta el día en que la muerte lo apartó para siempre de vuestra compañía.

No ha mucho, y con motivo de la celebración de un Congreso Nacional de Historia, propiciado por esta Academia, y reunido en esta ciudad de Medellín, el R. P. Salcedo, en su calidad de miembro de ésta, y en representación especial del Centro de Historia de la ciudad de Pasto, daba una muestra más de sus brillantes dotes de orador y de su elevado espíritu patriótico, y en magna oración rendía, en Rionegro, un homenaje fervoroso a dos de las más grandes figuras de nuestra guerra de Independencia, a los Córdobas, destacadós exponentes del valor y del heroísmo, y en suma, de las virtudes de la raza antioqueña. Imposible dejar de transcribir algunos de los más elocuentes párrafos de ese noble y elevado discurso:

“Tres amores — dice el P. Salcedo — me han colocado en esta tribuna: el primero, el amor a la ciudad en que se abrieron mis pupilas a la luz. Y ese cariño a la patria chica es tan profundo, que a pesar de mediã centuria que ha corrido desde la hora en que hube de dejarla, todavía su solo recuerdo conmueve las fibras más íntimas de mi alma. Mis conciudadanos me han pedido que los represente en esta ocasión. No podía rehusarlo.

“El segundo amor que pone la palabra en mis labios para hablar en estas montañas antioqueñas, es el que profeso a sus moradores. En siete lustros que he recorrido sus comarcas he podido apreciar las altas prendas de esta raza privilegiada. Raza de titanes batalladores, raza bella, noble, emprendedora. Raza de cerebros cultivados, de generosos corazones y de excelsos ideales cristianos. Y es tan fácil hablar de lo que se ama!

“Y en tercer lugar, soy colombiano, y como tal, admiro y aprecio en sumo grado, a aquellos hombres de valor legendario que con el esfuerzo de su brazo y con la sangre de sus venas, nos dieron libertad y rompieron el yugo extranjero.

REPERTORIO HISTORICO

“Por aquí podréis comprender cuál será mi emoción al hacer el elogio de los Córdobas.....”

“.....Intento hacer la oración gratulatoria de los próceres de la Independencia; mas para llenar con acierto mi propósito sería menester trasladarnos con la mente a aquellos tiempos heroicos de la Patria, cuando los ejércitos contendores eran tempestades que se disolvían en torbellino de rayos y centellas, cuando el ferrado casco de los caballos hacía temblar la cordillera de los Andes, cuando el chocar de las armas imitaba el chasquido del oleaje del océano, y el paso de la tropa era el paso de los huracanes. ¡Oh tiempos, oh guerreros, oh proezas aquellas dignas del Cid, de Napoleón, de Alejandro, de Aníbal, de Héctor y de Aquiles! ¡Oh épocas de sacrificios y de lágrimas, de muerte y exterminio! ¡Oh cuánto sudor en la quemada frente del soldado! ¡Cuánta sangre de valientes corriendo como ríos por llanos, por montes, por ciudades! ¡Cuántos cadáveres insepultos o cuántas tumbas a la vera del camino por llevar adelante un ideal sublime! Ciertamente, para hacer el recuento de esos gloriosos hechos, era preciso que resucitara Homero, y nos presentara la sonora trompa de sus epopeyas....”

“Cuán grato, señores, recordar los hechos de estos varones preclaros aquí en Rionegro, ciudad cubierta con el manto de esmeraldas que le dan las flores de sus penciles.

“Cuán grato estar aquí, bajo el mismo cielo que ellos contemplaron, aquí a las orillas del tranquilo río que ellos conocieron, aquí cabe el hogar de sus padres adorados, aquí en Rionegro, junto a la escuela y el templo que ellos frecuentaron, y desde donde salieron cuando los clarines de la Patria los llamaron a militar bajo sus banderas.

“Cuán dulce, cuán suave y placentero hablar de los Córdobas aquí en Rionegro, donde con el apellido conserva su familia la simiente genitora de maravillosas empresas.

“Aquí en la plaza de Rionegro vive y perdura José María Córdoba en el bronce de soberbio monumento; aquí sobre una de las colinas que embellecen la ciudad, descansan

sus cenizas venerandas. ¡Cómo no ha de sentir el pecho el incontable anhelo de pronunciar sus alabanzas....!”

Conforta el espíritu y es motivo de hondo regocijo, contemplar, siquiera sea desde lejos, cómo está jalonada por actos de fe, de religiosidad, de enseñanza y de piedad, y por obras que son merecedoras de la gratitud y del recuerdo, la ruta luminosa que en su vida, en su peregrinación por el mundo, siguiera un verdadero Ministro de Dios, quien consagrara esa vida íntegramente al servicio de la Iglesia, de la Religión y de la Patria. Y ya que por uno de esos ocultos designios de la Providencia, designios impenetrables y que escapan a la razón y al juicio de los hombres, me corresponde el altísimo honor de ocupar aquí el puesto que el ilustre Jesuíta ocupara, habré de acudir al noble y elevado espíritu del R. P. Salcedo, para que me sirva de guía en el desempeño del cargo que hoy me confía la Academia, y para luchar, con toda decisión, en busca del predominio de la verdad histórica, de la verdad por encima de todas las cosas.

Señoras, Señores.

Pedro RODRIGUEZ MIRA.
